

licos, en que trazaba las impresiones más vivas de su vida, en las extrañas baladas pasionales y aéreas, donde el ensueño y el amor volaban juntos. De entre ellas he elegido una, y esforzándome en conservar la mayor fidelidad posible, me he atrevido á despojarla de sus mejores galas, para daros algo de Poe, aunque sea en forma opaca y desvaída.

Mallarmé, hablando de esta poesía en sus escollos al gran poeta, refiere lo siguiente: “No es un misterio que la Elena que suscitó el incienso divino, del canto de amor dejado por Poe, es una de las más brillantes poetisas de América, Mrs. Sarah Helen Whitman, muerta hace poco, y con quien el poeta pensó contraer segundas nupcias en 1848. La primera vez que la vió, solitario y noctívago en una de las calles de Providencia [Rhode Island], antes de entrar en su hotel, fué á través de la verja de un hermoso jardín: quedóse largo tiempo respirando la belleza de la dama y de la hora. Esta nobilísima mujer, autora de “Horas de vida y otros poemas” y de “Baladas féericas,” era viuda; y, particularmente, encantadora, su primer nombre virginal de Lepower ó Lepoer, la hacía desde antes pertenecer al viejo linaje, normando antaño, y después inglés, que dió sus antepasados al poeta.”

* * *

Así cantó Poe la fantástica leyenda de su hallazgo:

A ELENA.

Te ví una vez—sólo una vez—hace años:
No debo decir cuántos—más no muchos.
Fué en Julio, á media noche; de lo alto
La luna llena, al remontar, buscando
Como tu alma, hacia el confin del cielo
Rápida senda, de su luz de plata
El vaporoso velo desprendía
Con quietud, y bochorno, y somnolencia,
Sobre la faz erguida de las rosas
Que al sonreír, morían encantadas
Por tí, por tu presencia y tu poesía.
Toda de blanco, en lecho de violetas
Reclinada te ví, mientras la luna
Sobre la faz erguida de las rosas
Y en la tuya doliente, descendía!
¿Fué el Destino? (también Dolor se llama)
¿Fué el Destino quizá quien esa noche
A la entrada del huerto me condujo
Para que de las rosas somnolientas
Aspirase el olor? Rumor alguno

Llegaba en derredor; todo dormía
En el odiado mundo, todo, salvo
Tú y yo! ¡Oh Cielo! ¡oh Dios! cuál late
Mi corazón ante las dos palabras:
¡Salvo tú y yo! Detúveme, y al punto
Que te miré, desvaneciése todo!
[No olvidéis que aquel huerto era encantado.]
Y se fué el globo perla de la luna,
Y los bancos musgosos, frescas flores,
Laberínticas sendas, lacios árboles,
Todo desapareció, y aun de las rosas
Murió en brazos del viento el casto aroma.
Expiró todo, menos Tú—no, excepto
Algo menos que Tú: salvo el divino
Fulgor de tus pupilas, salvo el alma
De tus ojos inmensamente abiertos.
Sólo á ellos ví—y un mundo me mostraron.
Sólo á ellos ví—sólo á ellos muchas horas—
Sólo á ellos ví, mientras brilló la luna.
Qué episodios de amor, salvaje y raro
En el cristal grabados parecían
De aquellas esferitas celestiales!
Y qué negro dolor! y qué sublime
Esperanza! y qué inmenso mar de orgullo
Calladamente quieto, y qué atrevida
Y profunda ambición, y qué insondable
Facultad para amar inmensamente.
Pero la cara Diana, al fin nundióse
Tras tempestuosa nube en el ocaso,
y tú, fantasma, huíste deslizandote
Bajo una tumba de árboles, Tus ojos
Solo han quedado siempre y no se irían!
Alumbrándome fueron esa noche
Mi solitaria senda, y no se han ido
(Ay! cual mis esperanzas) desde entonces.
Síguenme y de mi vida son las guías.
Mis siervos ellos son y yo su esclavo.
Es su deber iluminar y arderme;
Mi deber, ser salvado por el brillo,
Y ser purificado por su fuego
Y ser santificado por su lumbré;
Ellos inundan mi alma de belleza
[Que esperanza es también] y allá en el cielo
Son dos astros que adoro de rodillas
De noche en mis desvelos taciturnos,
Y que en el esplendor de medio día
Los miro aun: dos titilantes Venus
Por el fúlgido sol jamás extintas!

Después de estos versos, no quiero hacer un resumen, no quiero formular una conclusión, no quiero agregar un epílogo al discurso que se me ha encomendado dirigiros: ¿A qué borraros la impresión de esa poesía luminosa, impalpable y etérea.

BALBINO DAVALOS.

*
*
*

José Juan, como llaman al Señor Tablada sus amigos, obtuvo nutridos aplausos del ilustrado auditorio en su brillante poesía engalanada con hermosas concepciones y con maestras pinceladas, que revelaron el alma soñadora y la fecunda inspiración del joven poeta, muy conocido ya en el mundo literario.

El Señor Luis G. Urbina, nos dejó complacidos con la lectura que hizo de dos traducciones de Bryan y la de "El Cuervo" de Edgard Poe; que respectivamente se deben á las doctas plumas de los Sres. Lics. Don Joaquin D. Casasús, é Ignacio Mariscal, composiciones que no pudieron ser mejor elegidas.

El Señor Lic. Don Jesús Urueta, que con palabra frágil y galana, al abordar la tribuna se atrae por completo al auditorio, aquella noche alcanzó un triunfo más, escuchando emocionado la ovación ruidosa, tributada al orador insigne.

Tal fué la última nota de la simpática fiesta, que tuvo por teatro el foco de todas las luces, la cabeza de todos los cuerpos, el cuerpo de todas las almas, el alma de todas las inteligencias, y por principal auditorio los que preparan á sus descendientes el camino por donde han de pasar, los que labran los eslabones que formen la dulce cadena fraternal que da unión y fuerza á los hombres y á los pueblos; los que se inspiran en los codices de la justicia, el derecho y el progreso.



La función de Opera y el Concierto

EN EL TEATRO PRINCIPAL.

ENTRE las fiestas organizadas en honor de los Sres. Delegados de las Repúblicas Americanas, han sido sin duda alguna de las más brillantes, la función de ópera verificada el 9 de Noviembre, y el gran concierto del 11 del mismo. El Teatro Principal, que es el más antiguo entre los de su clase, fué el sitio elegido para ambos festivales, que tuvieron el éxito más completo.

La función de ópera presentaba una novedad: la primera audición de la obra mexicana "El Rey Poeta," del aplaudido compositor D. Gustavo E. Campa, quien la dedicó á la distinguida Sra. Doña Carmen Romero Rubio de Díaz, esposa del Primer Magistrado de la República.

El Teatro presentaba esa noche un hermoso aspecto: sencillamente decorado con guías de flores artificiales, brillantemente iluminado, y lleno de una distinguidísima concurrencia, entre la cual se encontraba el Sr. Presidente de la República y su familia, los Sres. Secretarios de Estado, muchos miembros del Cuerpo Diplomático, y la mayor parte de los Delegados Pan-Americanos.

"El Maestro de Capilla," del Maestro Alemán Paër, fué la primera de las obras del programa, y en la cual se distinguieron el Sr. Virgilio Belatti en el papel de Barnaba, la Srita. Eperanza Clasenti, en el de Gertrudis, y el Sr. Vincenzo Berardo, en el de Benetto. Los artistas fueron llamados á la escena al caer el telón, y el público quedó en impaciente espera de la segunda de las obras anunciadas, que era la ópera mexicana del Maestro Campa.

El asunto de la citada ópera, es un episodio de la vida del Rey de Texcoco *Netzahualcoyotl*, y á quien el pueblo llamaba el rey poeta, por su raro talento en la ciencia del gran saber. Algunas de las poesías de Netzahualcoyotl,